

jo, tomo I, págs. 238-343) y Francisco Fernández Buey (*Las pasiones del alma*, Barcelona, Ed. Península, 1972) nos presentaron tal obra pero sin anotación ni comentario (salvo en la introducción) alguno que pudiera acercarnos a este tratado tan poco conocido por el público español. Texto eminentemente filosófico, *Las pasiones del alma* nos presentan una serie de principios que, aunque no expuestos metódicamente, forman, sin embargo, una doctrina moral de las pasiones unida estrechamente a un estudio científico de las mismas. El profesor de la Universidad de Innsbruck, Eugenio Frutos, tiene el gran acierto de recoger y traducir el *Prefacio de Las pasiones del alma*, donde se descubre el nacimiento y la finalidad de esta cuarta y última obra de Descartes.

El conjunto de los breves artículos en los que se escinde la exposición cartesiana fue enviado por Descartes a un amigo para que lo hiciera imprimir y le añadiera el prefacio que quisiera. Este amigo ofreció como prefacio las cartas que había escrito al filósofo para conseguirlo considerando que en ellas había cosas de interés para el público. El *Prefacio* comprende así dos cartas a Descartes de un anónimo correspondiente (París, 6 de noviembre de 1648 y 23 de julio de 1649) y las respuestas cartesianas a las mismas (Egmont, 4 de diciembre de 1648 y 14 de agosto de 1649), textos sin duda relevantes para comprender el espíritu de Descartes en torno a sus pretensiones con la publicación de sus escritos y la aceptación del público.

Eugenio Frutos presta gran atención a las tres partes que conforman la obra («De las pasiones en general y, ocasionalmente, de toda la naturaleza del hombre», «Del número y orden de las pasiones, y explicación de las seis primitivas» y «De las pasiones particulares») y las ha penetrado con exactitud y agudeza a lo largo de sus doscientos doce artículos, con lo cual nos da un seguro guión para leer con profundidad la doctrina expuesta en este libro.

Mencionemos, finalmente, la aportación de Miguel Ángel Granada, profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, a la presentación de esta edición que comentamos. En la *Introducción*, este autor nos ofrece la trayectoria intelectual y filosófica de Descartes desde su salida de la Flèche en 1614 hasta la publicación del tratado sobre *Las pasiones del alma*, un año antes de su muerte. Mediante meras pinceladas consigue mostrar cómo el filósofo francés, sin olvidar su inclusión manifiesta en la gran y muy compleja corriente de renovación y ruptura de la modernidad, se destaca y cobra un relieve singular.

Adornan, pues, el presente volumen las buenas cualidades que debe ostentar toda elaboración de este tipo: breve pero sobria introducción, traducción fiel y pulcro del texto francés, precisa explicación de los términos, anotaciones muy esclarecedoras, esfuerzo por invitar al público a su lectura; méritos que hacen muy recomendable esta nueva edición.

Gemma MUÑOZ-ALONSO LÓPEZ

LE BOUVIER DE FONTENELLE, Bernard: *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*. Editora Nacional, 1982, Madrid, 180 págs.

Lo primero que sorprende en esta obra de reciente aparición en castellano

es que aparezca precisamente en una colección de «clásicos» un autor tan poco leído. Puesto que lo clásico no debe confundirse con lo antiguo, parece que la mejor manera de presentar esta obra es preguntarse en qué sentido es clásica.

Nos hallamos ante un precedente de un género en auge en nuestros días: la divulgación científica. Fontenelle no trata de exponer los últimos descubrimientos científicos, sino de contar al gran público la asimilación de las modernas teorías tal y como la han llevado a cabo los hombres cultos y avanzados de su época. ¿Cómo estar seguro de que cualquiera medianamente instruido entenderá las nuevas concepciones científicas? La solución de Fontenelle consiste en elegir a un interlocutor cultivado y «al día» en cuestiones superficiales y mundanas, pero tonto, a saber: una mujer.

Sería muy largo y fuera de lugar hacer cuestión de la valoración intelectual de la mujer que subyace a la obra que comentamos, pero no cabe duda de que este recurso permite al autor que su explicación se desarrolle en un lenguaje sencillo de comprender y de una gran belleza literaria, junto con una buena dosis de sentido del humor y de crítica a la sociedad a través del discurso sobre mundos lejanos.

Entre la divulgación científica y la ciencia-ficción, Fontenelle nos va explicando los modernos sistemas astronómicos al tiempo que fantasea sobre ellos; estas fantasías sobre los otros mundos y sus habitantes se basan, sin duda, en la suposición —procedente también de la astronomía renacentista— de que el cosmos es homogéneo o de que, al menos, es lo más razonable suponer que lo sea. Entonces, si es razonable suponer que todos los mundos son como el nuestro, ¿por qué no suponer que están habitados como el nuestro? De este modo, mediante el constante recurso al «¿por qué no?» resultará que todo esto puede ser un sueño, pero un sueño coherente.

La narración tiene lugar en forma de diálogos sucesivos del autor con una noble dama; dichos diálogos acontecen siempre por la noche: momentos de calma al final de la jornada, propicios para la conversación y para la contemplación de las estrellas, las cuales constituyen el tema a tratar. Por esta razón la obra está dividida en NOCHES: La conversación de la PRIMERA NOCHE establece la diferencia entre estrellas (cuerpos con luz propia) y planetas, que giran alrededor de las estrellas; en ella se ilustra la primera tesis del heliocentrismo —la Tierra es un planeta que gira alrededor del Sol— refutando mediante argumentos y ejemplos las apariencias que parecían estar de parte del geocentrismo. La SEGUNDA NOCHE queda establecido que los satélites son en todo semejantes a los planetas, por tanto, si la Luna es en todo semejante a la Tierra, ¿por qué no va a estar habitada como ella? Durante la TERCERA NOCHE se abunda en detalles sobre la Luna y se establecen algunas cuestiones generales sobre el Sistema Solar. La CUARTA NOCHE está dedicada a considerar particularmente cada planeta del Sistema Solar. Por fin, en la QUINTA NOCHE se establece la homogeneidad del Sol con las demás estrellas. La SEXTA NOCHE constituye una recapitulación y ampliación de los temas anteriores añadiendo los recientes descubrimientos científicos al respecto.

De la edición, preparada por Antonio Beltrán Mari, cabe destacar la amplia introducción que nos sitúa en el contexto científico y general de la época, incluyendo detalles de sumo interés sobre la personalidad del autor, así como un estudio comparativo entre los sistemas de Ptolomeo y Copérnico y de la superación del uno por el otro en el comienzo de una línea que separa cada vez más a

nuestro planeta del centro del Universo; es en el marco científico de dicha superación en el que se desenvuelve la obra. En lo que respecta al texto, subrayemos que la paginación original figura al margen y las constantes notas en que se aporta el estado actual de las cuestiones tratadas.

Carmen FLORÉN

EACHEVERRÍA EZPONDA, J.: *Leibniz*. Barcanova, Barcelona, 1981, 144 págs.

Echeverría, J., era ya conocido en los círculos filosóficos como traductor de Leibniz, mostrándonos con sus introducciones y notas que se hallaba muy bien preparado para tal misión. Con la presente monografía se patentiza su profundo conocimiento del pensador de Leipzig, así como una envidiable capacidad de síntesis que le permite resumir en dos capítulos una obra tan ingente y dispersa como es la leibniziana. En efecto, esta obra sabe cumplir con la brevedad y sencillez requeridas por el carácter divulgativo de la colección en que se presenta, sin abandonar por ello la precisión necesaria para convertirse en una muy aceptable introducción al pensamiento de un autor de la talla de Leibniz.

El estudio está dividido en tres capítulos, dedicados respectivamente al aspecto biográfico y a las facetas filosóficas y científicas de Leibniz. En el prólogo que los precede, Echeverría nos participa su intención de abordar a Leibniz como un pensador del individuo, centrándose en lo que considera la más original aportación leibniziana en este terreno, a saber: la necesidad de concebir a Dios si se quiere pensar de verdad al individuo —en cuanto que el Dios leibniziano se refiere primordialmente a lo sustancial (*ousía*), que sólo se manifiesta en los individuos o seres indivisibles y nunca en los géneros y especies que los subsumen—; respecto a este enfoque, únicamente señalar que Echeverría no pretende mostrarnos un Leibniz individualista (lo que supondría una antropomorfización de la naturaleza), sino que emplea el término «individuo» como correlato del más leibniziano «mónada», y quiere darnos a entender que si lo colectivo (organizaciones, instituciones..., en definitiva, lo social) tiene lugar en el mundo actual, es sólo debido a la precedente compatibilidad de los individuos que lo componen. Como colofón nos presenta una pequeña relación bibliográfica de escritos leibnizianos, estudios y traducciones castellanas, válida si atendemos a la intención introductoria del autor.

Remitiéndonos a los tres capítulos centrales, me parece interesante resaltar la relevancia con que ha sido tratado el aspecto filosófico de Leibniz en detrimento del científico, al que —como detalle curioso— dedica el mismo número de páginas que a la biografía. Hay que señalar, no obstante, que el autor se disculpa ante este hecho, haciendo una enumeración de las infinitas curiosidades científicas de un Leibniz que se interesó por todos los dominios científicos conocidos en su tiempo y que supo ampliar el ámbito científico hacia regiones todavía no exploradas con una metodología rigurosa, para confesar que renuncia por completo a afrontar al Leibniz científico, optando por restringir este tratamiento a su actividad en el campo de la lógica simbólica, sus investigaciones matemáticas y sus estudios lingüísticos, cuestiones que sin duda entroncan con el talante filosófico de la gran mayoría de sus obras publicadas.